

# Scholar@UPRM

**Martha Rivera. He olvidado tu nombre  
(Casa de Teatro: Santo Domingo, 1997)**

Item Type	Review
Publisher	Centro de Publicaciones Académicas, Facultad de Artes y Ciencias, Universidad de Puerto Rico en Mayagüez
Download date	2025-02-08 17:24:36
Link to Item	<a href="https://hdl.handle.net/20.500.11801/3115">https://hdl.handle.net/20.500.11801/3115</a>

## RESEÑAS

Martha Rivera. *He olvidado tu nombre* (Casa de Teatro: Santo Domingo, 1997)

Resulta sorprendente el hecho de que, entre la gran cantidad de novelas que se escribieron y publicaron en Santo Domingo, tanto durante el siglo XIX como a principios del XX, sólo algunos escasos títulos hayan logrado trascender la insularidad dominicana. Aunque, a partir de la década del sesenta, la novelística de este país se ha enriquecido, no sólo con una serie de autores y obras que han puesto el género a la altura del movimiento novelístico que se estaba dando en Hispanoamérica, y se va proyectando universalmente, aun así, algunos críticos y novelistas de esta Antilla hermana consideran que a su narrativa aún le falta por alcanzar la dimensión que ha logrado, por ejemplo, la producción cuentística, poética o ensayística dominicana.

A fin de estimular la creación y desarrollo de este género, Casa de Teatro, que ha sido una institución animadora de la cultura,<sup>1</sup> instituyó el *Premio Internacional de Novela* en el cual pueden participar escritores de las tres Antillas Hispánicas. En su primera convocatoria, el año 1996, el jurado internacional que evaluó los trabajos presentados,<sup>2</sup> unánimemente concedió el laudo a Martha Rivera<sup>3</sup> por su novela *He olvidado tu nombre*.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Desde el año 1974 Casa de Teatro ha establecido el premio de Cuento y Teatro de Santo Domingo. En la actualidad es uno de los tres premios literarios más prestigiosos de la República.

<sup>2</sup> Este primer jurado del Premio estuvo integrado por los reconocidos novelistas Marcio Veloz Maggiolo de Santo Domingo, Mayra Montero de Cuba-Puerto Rico y Francisco López Socha de Cuba.

<sup>3</sup> Martha Rivera es una prestigiosa poeta que ha sobresalido en el parnaso dominicano y en los foros culturales, tanto en la Isla como en el extranjero. La crítica la sitúa en la llamada Generación del 80. *He olvidado tu nombre* constituye su primera novela.

<sup>4</sup> Martha Rivera. *He olvidado tu nombre* (Casa de Teatro: Santo Domingo, 1977),

Esta obra resulta ser un texto de afirmación existencial en el sentido de la búsqueda del yo. Plantea la lucha por la autenticidad humana y el fundamental encuentro de la persona consigo misma. La trama se centra en las vivencias de dos inseparables amigas, lo cual resulta en una perspectiva femenina y feminista del relato, que sirve de marco al planteamiento de la situación social y cultural de Santo Domingo, de manera muy especial a la transformación ideológica de la intelectualidad dominicana de la posmodernidad.

La obra expone el problema despersonalizante de nuestro tiempo tecnológico. El ser humano, inmerso en su circunstancia vital, carece de tiempo para pensar en sí mismo y lucha afanosamente por la subsistencia diaria, sin tener en consideración lo que podríamos llamar la esencialidad personal. Este problema lo describe muy bien el personaje principal:

Este siglo convulso nos ha dejado solos, rodeados de aparatos que hablan, de máquinas que mueven sus brazos y sus cuerpos. Cada ser humano es un universo, habitado tan sólo por la oquedad del sí mismo. Vacío habitando el vacío... La posmodernidad es una película muda, dirigida por el fantasma de Charlie Chaplin. (19)

Se encuentra inmersa en una sociedad que ha cosificado a la persona (91, 98) en la cual el individuo no es más que una pieza de un engranaje y éste, precisamente, resulta ser uno de los conflictos claves que padece la protagonista. Ella busca en su vida algo que desconoce, con el agravante de que en su lucha existencial carece de modelos a imitar e ideas donde asirse (94), lo cual le hace exclamar decepcionada: "El gran vacío de ideas, había que llenarlo urgentemente de información" (85). Esto le plantea un serio problema de identidad personal (105). La autora ha presentado un acuciante vacío colectivo, ya que en nuestras sociedades faltan estos dos elementos fundamentales en la vida personal y gregaria: las ideas que dan sentido a la misma y las figuras que sirven de paradigma al quehacer existencial humano.

Esta actitud revisionista la lleva a cuestionar la realidad social e intelectual dominicana y eso le causa gran frustración, porque en su entorno sólo percibe carencia de autenticidad, afán por lo inmediato y baladí, falta de una conciencia gregaria y una desmedida búsqueda de lo material, entre otros males (86, 110, 111, 122-123). Esta decepción ante el cuadro que vive el país, le imprime una visión pesimista a la vida, por eso la muerte está latente en todo el relato.

---

Premio Internacional Casa de Teatro 1996. Las páginas que cito en el texto corresponden a esta edición.

Inmerso en los círculos sociales e intelectuales del País, el personaje central los describe y clasifica en tres grupos. Primero están aquellos que “consideraba más estúpidos”, los burgueses que vivían un mundo completamente ajeno al acontecer social y se refugiaban en banalidades (40). Luego, los que califica de “hippies desfasados”, quienes mediante el sexo y la droga perseguían un mundo alucinante distinto a la realidad donde están imbuidos (40). Con el tercer grupo se detiene más y resalta las características de quienes lo integran. Sin duda alguna, es el que más le molesta y preocupa. Ellos son los “collages”, o “una mezcla de aspirantes a intelectuales, artistas, mártires y políticos”. Son enemigos de la derecha y tienen una filiación marxista, cuya literatura resulta lectura obligada, no usan drogas ni asisten a la iglesia, pero son fanáticos de la música de protesta. Este grupo, indica la narradora, se escindió en dos: los snobs y los que militarían durante los ochenta en la izquierda del país (40-41). Sin embargo, lejos de todos ellos está el pueblo, con sus necesidades, sus aspiraciones y sus luchas para sobrevivir, al cual se ignora y resulta ser un ente invisible socialmente.

El personaje central es una intelectual que busca su espacio para expresarse en el mundo donde está sumida. Como periodista se plantea la desgarradora realidad social por la que atraviesa Santo Domingo, pero en la redacción del periódico le piden que no sea tan cruda porque debe conservar el puesto. Como poeta describe su intimidad inmersa en ese entorno social, pero los poetas le piden versos atrevidos en los que exponga sus intimidades y perturbaciones sexuales y se olvide de sus inquietudes sociales, porque eso es lo que le gusta a los lectores. Se encuentra, pues, en una disyuntiva ontológica, en una ambivalencia que acentúa su frustración. Por tal razón, optará por romper con ellos, para afirmar su yo. Refiere desilusionada:

Los periodistas me piden que sea menos descarnada, los poetas que me despelleje completamente no voy a conciliar con esos comierdas que lo irónico que quieren es dorar un poco la píldora con respecto a esta realidad temible que terminará por joder a la humanidad completa. Ellos no quieren que les cierren los periódicos ¡Yo me largo! (68)

Su curiosidad intelectual la lleva a buscar ávidamente en todas partes ese algo que le faltaba a su vida. Su desasosiego se traduce en una especie de agonía —en el sentido unamuniano de lucha— de su intelecto con su vida y el medio que la circunda. Todo lo experimentaba para suplir esa lucha desesperante por ser. En sus palabras:

Era comunista-esotérica, —además de materialismo dialéctico, leía libros budistas o investigaciones sobre extraterrestres, fumaba marihuana y vendía periódicos de izquierda organizada en una verdadera célula partidaria, y me gustaba tanto el rock como la nueva canción cubana. Pero adoraba comer queso y tomar vino blanco alemán, y pasarme fines de semanas contemplativos, tomando el sol en la playa. (41)

La novela tiene una fuerte carga de crítica al momento en que vive el País. Acusa abiertamente a la posmodernidad por su vacío ideológico y juego retórico, ya que la autora concibe la literatura no como artificio del lenguaje ni entretenimiento, sino en función del ser humano y la sociedad (19, 29, 85-86, 110-111). Denuncia el contraste social de un pueblo que disfruta los más sofisticados adelantos tecnológicos mientras los pobres apenas pueden satisfacer las más elementales necesidades. Denuncia la inautenticidad de los líderes políticos, ejemplificado por el amante que la hace abortar para guardar las apariencias; la de los líderes de la izquierda, dramatizado por su amante marxista que fumaba marihuana y no quería que eso se supiera para guardar las apariencias; el acomodo de los llamados revolucionarios en los medios burgueses.

Se convierte el texto en una invitación a su generación, la de los ochenta, a los albores del nuevo milenio, para que cobre conciencia de la realidad del ser humano. Esto le imprime una proyección universalista a la obra, ya que todo ello se puede aplicar no sólo a Santo Domingo, sino a cualquier país del mundo.

No es que la autora, quien en su universo poético ha plasmado una visión positiva y esperanzadora, así como una valoración del ser humano, desprecie la vida y reste importancia a los intelectuales dominicanos, entre los que ella se encuentra. Es que pretende poner al servicio de su país a profesionales, escritores, artistas, o sea, a todos los que puedan aportar su talento y su trabajo; quiere aunar los esfuerzos de todos los sectores, principalmente de la elite intelectual, para que la dignidad del ser humano se reconozca en una sociedad de escasos recursos y pobreza, deslumbrada por la tecnología. Ella, en los albores del siglo XXI —no en balde la obra termina con el advenimiento del tercer milenio—, lanza un dramático aviso de lo que podría pasar personal y colectivamente si se menosprecia al individuo y si el pensamiento dominicano no encausa su afán tecnológico.

La estrechez de miras y la asfixia de su realidad quedan patentizadas en la queja del encerramiento nacional, en sus palabras, “la insularidad de esta media isla” (21). Esto hace que se viva en soledad aun en medio de las demás personas. “Todos nos conocemos

sin tener ni pista idea de quiénes somos realmente” (21). Y más dramático todavía, resulta la confesión con la que ella describe el instante desgarrador en que se da cuenta de que su vida está sumida en la soledad. Nos dice:

Fue allí, rodeada de mis amigos de ese momento, de los recuerdos de todos los momentos, percibiendo el instante de la única y sola forma en que he podido percibir a lo largo de mi vida: como lo único eterno, fue allí donde me di cuenta de que me encontraba irremediablemente sola, que no valía la pena enumerar los proyectos y desandar los sueños. La peor soledad es la que se comparte. (19)

El planteamiento que la protagonista se hace es el de ella misma. Rompió con su amante, Martín, porque la quería transformar “en el prototipo de mujer perfecta” que ella nunca sería (71). Por eso se marcha de su lado sin volver el rostro, pues de haberlo hecho le hubiera ocurrido como a la mujer de Lot, habría sucumbido con ello. Muy decidida, pues, de sí, afirma: “Mi viaje era hacia mí misma. No tendría regreso” (71).

La muerte está presente en todo el relato, ya que muere el padre cuando ella era una niña, muere su amigo Alfredo, murió Rubaiyat, la anhelada hija, debido a un carnívoros aborto y mueren, además, todos sus amantes (35). Pero no es sólo esta muerte física lo que presagia el desmoronamiento social, sino se resalta que lo peor es la muerte en vida, a consecuencia del vacío existencial, porque el individuo ignora su importancia y su función en la sociedad. La obra tiene una fuerte carga existencialista, pues en toda ella predomina la valoración de la vida humana, aunque al final esté el suicidio porque con él se busca el ser auténtico.

El texto se reconstruye gracias a que la protagonista escribía un diario (58) y a que, también, dejó numerosos papeles, cartas y fotos (30-31). Esto le sirve a la voz narradora para elaborar el relato que se edita. A base de diferentes caracteres tipográficos en el libro, se presenta el contrapunto en los capítulos de la narración. De esta forma conocemos dos versiones de un mismo hecho. La estructura novelesca se desenvuelve, pues, en dos planos simultáneos, entrelazados por los testimonios dejados por una y los complementos de la otra. Ambas versiones aparecen en primera persona, lo que le da cierta ambigüedad a la narración, al punto de que, por momentos, el lector puede confundir la voz narradora, hábilmente presentada por la autora. Esto se acentúa con los recursos utilizados para el desarrollo de la trama, entre otros: retrospectión, fluir de conciencia, juego de palabras y conceptos...

La novela está en un *tú* de María de los Ángeles, quien narra la

historia de la protagonista y su relación con ella, pero siempre quedan rescoldos. Desconocemos algunos intersticios de los hechos descritos, no obstante, en la página opuesta, —como ya indiqué—, se presenta la versión de Lluvia, así nominada por su amante, que estructura o contradice lo expuesto, lo que permite una especie de indefinición o problematización de la voz narradora. A veces con una carta, un simple papel o una foto se establece la duda o la inseguridad narrativa.

Todo lo percibimos desde el principio ya que se nos explica que la protagonista dejó unos papeles escritos “en los que intentabas buscarte a ti misma” (29), y en los cuales “te analizas y analizas a tus amigos” (29). En ellos se planteaban “cuestionamientos existenciales” (29). El conflicto del relato novelesco lo sintetiza muy perfectamente una oración del libro: es el de “una mujer que vivía de manera irreverente su búsqueda y su vida” (11). Permea la duda y la desconfianza, sólo la amistad y el amor resultan los asideros más fuertes de la vida y finalmente es la amistad la que triunfa por encima de todos los problemas.

El diálogo que sostienen el amante de la protagonista, Martín, y María de los Ángeles, la voz narradora, explican el sugestivo título de la novela:

—Diste en el clavo. Esa es su gran imposibilidad: vivir lo real. La vida de Lluvia es solamente lo que ella sueña.

—Nunca te lo pregunté, tal vez porque siempre me pareció natural, pero [...] ¿por qué la llamas lluvia?

—He olvidado su nombre, ese nombre que ustedes repiten como si fuera algo público. Me dio la gana de olvidarlo. Para mí ella es simplemente Lluvia.

—¿Por qué lluvia?

—Porque ella llueve. (75)

Los nominalistas consideraban que la esencia de las cosas residía en el nombre, de aquí la importancia de tener uno para afirmar una esencialidad. Sin embargo, estamos ante un personaje innominado, con lo cual se acentúa más la despersonalización y se dramatiza más la realidad humana.

A veces percibimos el desdoblamiento de un personaje en dos (97), otras que los dos personajes son realmente uno solo, Lluvia quien vive y María de los Ángeles que recrea. Es tan estrecho el vínculo que al final se duda de quién es quién:

*¡He olvidado tu nombre!* Gritó. A fuerza de confundirte conmigo, de confundir nuestras vidas, no sé si ya nuestros nombres eran el mismo o llegué a imaginarlo: *¡He olvidado también mi nombre!* (138)

Desde la primera página se presagia el desenlace: “Pero te sabían demasiado despierta, demasiado contagiosa, demasiado temblor. Quizás demasiado posible de convertirte en tragedia” (11). Lluvia afirma que el suicidio lo harían juntas las dos (58) y al final María de los Ángeles se suicidará después de haber encontrado muerta a su amiga y haber ordenado el relato en el ocaso del siglo XX.

Lluvia está muerta y, frente al cadáver, María de los Ángeles entreteje la historia. En el epílogo del relato se cambia el punto de vista, los hechos se presentan en tercera persona y no en el *tú* dialógico que ambas protagonistas habían mantenido hasta ahora. No es la situación de que un personaje se desdobla, sino de dos que viven la misma vida, como he indicado. En esta parte la voz narradora presenta los últimos instantes de María de los Ángeles que repite el desenlace, suicidándose.

El personaje llega a su autodestrucción cuando se vuelve conformista y se suma al engranaje social, por lo tanto, la única vía que le queda para su redención es el suicidio, en el sentido liberador, no destructivo. No es una apología al suicidio, sino una protesta a la vacuidad ideológica y existencial de una sociedad más atenta a cosas superficiales que a una auténtica vida, o sea, donde priva el poseer sobre el ser. Es una afirmación de la importancia de ser uno mismo y de cumplir la función social que nos corresponde a cada uno de nosotros. Y esta destacada poeta dominicana, Martha Rivera, presenta una excelente novela que nos alerta a todos sobre la valoración del ser y la necesidad de vivir auténticamente.

*Roberto Fernández Valledor*  
Departamento de Estudios Hispánicos  
Recinto Universitario de Mayagüez